

engendra, y habrá cumplido su misión. Si á esto agrega un pensamiento trascendental ó un interés del momento, poseerá, sin duda, una perfección más su obra; pero si de ella carece, nada habrá perdido como obra de arte. La belleza, por otra parte, tiene muchas formas, todas igualmente legítimas y que no se excluyen. Que la tempestad sea bella, no obsta para que lo sea el arroyuelo; que lo sea el canto del guerrero, no impide que haya belleza en la endecha de la doncella enamorada. Poetas habrá de enérgicos alientos y ánimo gigante que sólo se complacerán en cantar lo grandioso, lo terrible y lo trágico; otros, por el contrario, preferirán inspirarse en la belleza de lo sencillo y de lo tierno. Injusto fuera establecer diferencias entre unos y otros, y negar á los segundos el lauro que se otorga á los primeros."

México, Junio 30 de 1885.

FRANCISCO SOSA.

La luz y las flores.

Tras una noche templada
De la dulce primavera,
Grata, apacible, dorada,
Salió al fin con la alborada
Del sol la luz hechicera.

Trinaron los ruiseñores
Y las fuentes murmuraron,
Y los vientos bullidores,
Entre las pintadas flores,
Mansos y alegres pasaron.

Y se escuchó en la pradera,
Entre perfumes suaves,
Cántiga alegre y parlera
Que alzaban á su manera
Flores, aguas, vientos y aves.

Unos con dulce concierto
Hablaban de sus amores,
Otros con acento incierto,
Mirando el follage muerto,
Suspiraban sus dolores;

Mientras, rosas y violetas,
Y jazmines, y amapolas,
Hablaban de los poetas
Que cantan dulces cuartetos
En honor de sus corolas.

Y d'ello (cuenta la historia)
Que sentían tanto orgullo,
Que de sus triunfos y gloria
Conservaba la memoria
Hasta el más tierno capullo.

Iba la luz resbalando
Entre el mirto y la azucena,
Y aquella charla escuchando
La luz, seguía jugando
Sobre la pradera amena.

Y es el caso que por fin
De tanto orgullo cansada,
Se detuvo en un jazmin,
Y contemplando el jardín
Dijo con voz reposada:

—«Mal vuestro orgullo pregona
Vuestros pintados colores;
Que es lucir una corona,
Que mi bondad os endona
Por colmo de mis favores.

En la densa oscuridad,
De la noche bajo el manto,
¿Qué fuera vuestra beldad
Si mi dulce claridad
No os revistiera de encanto?

¿No veis, pobres orgullosas,
Que son míos los colores,
Y que yo tiño las rosas
Y con tintas extremosas
Matizo todas las flores?

¿Que yo traigo entre mi manto
Y en mi cauda seductora,
Aquel pintoresco encanto
Con que lucís ese llanto
Que tierna os brinda la aurora?

Cese la jactancia vana,
Dejad pues de hacer alarde
De ese color que os ufana,
Porque nace en la mañana
Y muere al morir la tarde.

En la tierra prisioneras
Cerrais el marchito broche;
Mientras con alas ligeras
Cruzo lejanas esferas,
Pobres moris en la noche.»

Callóse la luz, y es fama
Que aquellas flores gimieron
Mirando del sol la llama,
Y entre el bejuco y la rama
Brisas y vientos rieron.

Porque el que sueña victoria
Subiendo en extrañas alas,
Suele dejar en la Historia
La tristísima memoria
De lucir ajenas galas.

EL ESCORIAL.

Resuena en el mármóreo pavimento
Del medroso viajero la pisada,
Y repite la bóveda elevada
El gemido tristísimo del viento.

En la Historia se lanza el pensamiento,
Vive la vida de la edad pasada,
Y se agita en el alma conturbada
Supersticioso y vago sentimiento.

Palpita aquí el recuerdo, que aquí en vano,
Contra su propia hiel, buscó un abrigo,
Esclavo de sí mismo, un soberano,

Que la vida cruzó sin un amigo,
Aguila que vivió como un gusano,
Monarca que murió como un mendigo.

UN RECUERDO.

Es un recuerdo dulce, pero triste,
De mi temprana edad:
Mi madre me llevaba de la mano
Por la orilla del mar.

Alzábanse las sombras de la tarde
Como pardo cendal,
Y á gritar comenzaba en la cañada
El huaco pertinaz.

Cantaban los tropicales en el bosque
Con dulce suavidad,
Los peñachos del mangle caballero
Agitaba el terral.

Y de la balsa entre los verdes musgos
Acechaba el caimán,
Y bajaban los peces á sus nidos
De concha y de coral.

Zumbaban los insectos en el bosque
En su continuo afán,
Y en medio á los rumores, dominando
Los tumbos de la mar,

Mas de improviso atravesando el viento
Escuchóse fugaz
De las campanas de vecina aldea
Tañido funeral.

Detúvose mi madre, y en silencio
La contemplé rezar,
Y de llanto llenáronse sus ojos,
Y se inmutó su faz.

—¿Por qué lloras, mi madre? la decía
Con dulce ingenuidad;
Y ella me contestó dándome un beso:
—Es preciso llorar,

Que con lúgubre toque las campanas
Anunciándome están
Que un hombre, como todos, de esta vida
Pasó á la eternidad.

—¿Y tú te has de morir? la dije entonces,
¿Tu amor me faltará?
Y ella sin contestar, sólo lloraba,
Y yo lloraba más.

Sobre su seno recliné mi rostro,
Y ella con dulce afán
Enjugando mis lágrimas, decía:
“¡Vamos, ya está, ya está!”

Pocos años después, perdí á mi madre:
No ceso de llorar,
Y en sueños la contemplo cada día;
Del cielo viene ya.

Llega, se acerca hasta tocar mi frente
Su rostro celestial,
Y con acento tierno me repite:
“¡Vamos, ya está, ya está!”

EL ARROYO Y LA FLOR.

APOLOGO.

• En la margen de una fuente
Mansa, pura y cristalina,
Regada por la corriente,
Meciáse blandamente
Uua rosa purpurina.

Dél arroyo enamorada
Daba la rosa su aroma,
Y él, cruzando la enramada,
Más dulce canta á su amada
Que el gemir de una paloma.

—“¡Tan solo tu amor me alienta,”
Dijo al arroyo la flor.

—“¿Y si ruge la tormenta?”

—“Por tí nada me amedrenta,
Y moriré por tu amor.”

Cerró la noche sombría,
Alzóse la tempestad
Y entre las selvas rugía,
Y el relámpago surgía
En la densa oscuridad.

Iba el arroyo creciendo,
Turbio, fiero, amenazante,
Las riberas invadiendo,
Y á la tierra estremeciendo
Con impulso de gigante.

—“Tuya soy,” dice la rosa
Al sentirse arrebatada,
“Que es la ilusión más hermosa
“Hallar la muerte dichosa
“Por sí amor despedazada.”

Lanzó el torrente un rugido,
Y con inmensa ternura,
Sin dar la flor ni un gemido,
Halló de amores un nido
En su misma sepultura.

Si sopla adversa la suerte,
¡Ángel de mis ilusiones!
Antes que llegue á perderte
Cubra nuestro amor la muerte
Entre sus negros crespones.

GLORIA.

—¿Adónde vas, hijo mio?
—Al combate, á la victoria,
Suenan el clarín de la gloria,
Y piensa escribir mi brío
Mi nombre ilustre en la Historia.

—Es grande tu atrevimiento,
—Padre, el mundo lo proclama;
Cuando la patria nos llama,
Con tan noble sentimiento,
¿Qué corazón no se inflama?

—¿Y qué buscas, delirante,
Tras de la ruda batalla?
—Ver mi bandera triunfante
Entre el polvo que levante
El bote de la metralla.

—¡Ay! hijo, temo perderte;
Me agita la pena fiera.
—Si me es adversa la suerte,

Cubran mi lecho de muerte
Los pliegues de mi bandera.

—¿De dó vienes, hijo mío?
—Padre, torno de la guerra.
—¿Y fué tu destino impío?
—Libre está ya nuestra tierra,
Y libre por nuestro brío.

—¿Y alcanzaste, hijo querido?...
—No preguntéis, por favor:
Después de quedar herido
Alcancé, padre, el olvido
Y un recuerdo de dolor.

—¿Y esperas, en tu dolencia?...
—Sólo espero, por mi mal,
Tras vergonzosa indignancia
La cama de un hospital
Para acabar mi existencia.

—¿Y tus sueños?—Se han borrado
¡Ay padre! de mi memoria.
—Locura es, hijo, la gloria,
Que nunca del hombre honrado
Guarda el recuerdo la Historia.

DUDA Y FE.

Negro estaba y sombrío el firmamento,
Y tú me lo mostrabas;
«Así tengo, dijiste, el pensamiento,
Y era, porque dudabas.

De bella tarde en apacible calma
Otra vez me decías:
«Como ese cielo azul tengo yo el alma,
Y era, porque creías.

Luz es la fe, mi bien; sombra la duda;
Con mi amoroso anhelo
Yo le daré, si tu pasión me ayuda,
Luz á tu cielo.

EL CHINACO.

(ROMANCE NACIONAL.)

Sobre los robustos lomos
De un poderoso alazán,
Que apenas deja la huella
De su ligero trotar,
Apuntando la mañana
Y camino á Tehuacán,
Va Márgaro Peñadura,
El *chinaco* más cabal.

Ancho bordado sombrero
Cubre su morena faz,
Y matiza su *sarape*
La bandera nacional.
En el cinto la pistola,
El mosquete en el *carcaz*,
Bajo la pierna la espada,
Y en la bota su puñal.

Busca inquieto entre la bruma
Y descubre «á poco más»
Pequeña casa escondida
En las sombras de un palmar,
Y dejando su camino
Y aguijando su animal,
En un instante el ginete
Cerca de la casa está.

Y como si ya impaciente
Se cansara de aguardar,
Da golpes en la ventana,
Y muestra luego su faz
Una morena, que puede
Pasar por una beldad,
De esas que hemos visto todos
Y nos han hecho soñar,
Y que siempre se recuerdan
Como visión ideal.

—¡Alabo, Don Margarito!
¿Tan temprano por acá?
—¿Te pesa, luz de mis ojos?
Pues ya me voy á marchar.
—No me pesa, Dios me libre;
Pero dicen que aquí están
Los franceses.—No hay cuidado,
Porque vengo á explorar.

Tuvimos ayer campaña
Y hoy quiere mi capitán

Volver á darle á los zuavos;
Conque adiós.—¿Por qué se vá?
Estése siquiera un rato,
Bájese á desayunar,
Ha tres días que no viene....
—Linda, otra vez será,
Que llegan los compañeros
Y voy para Tehuacán.

Inclinóse la doncella,
Un beso se oyó sonar;
Alzó el chinaco el embozo,
Cobró su empaque marcial
Y se perdió entre la bruma
Galopando en su alazán.

HOY.

No de lo porvenir entre la densa
Sombra, con que se vela impenetrable,
Te finjas con empeño infatigable
La pena atroz ó la desgracia inmensa.

No del pasado la terrible ofensa
Llames á nueva vida; que indomable,
Al recuerdo de tiempo miserable
Oponga el corazón tenaz defensa.

Pasó el ayer, llevóse su quebranto;
El mañana no llega todavía:
¿Por qué lo que no existe causa espanto?

No oprima al corazón la fantasía
Que en esta vida de dolor y llanto
Le basta su pesar á cada día.

A DOS GOLONDRINAS.

(EN EL MAR.)

¡Á dónde vais, peregrinas,
Ligeras cruzando y solas,
Inocentes golondrinas,
Del mar las tendidas olas?

Si acaso con vuelo incierto
Buscáis un puerto seguro,
Yo os daré tranquilo puerto
Bajo un sol ardiente y puro.

Y allá, si queréis creerme,
Entre mirtos y azahares,
Vereis mi patria que duerme
Al ronco són de dos mares.

Tended allá vuestro vuelo
Y hallareis plácido encanto
Donde es una fiesta el cielo,
Donde es el idioma un canto.

Sobre cascadas de flores,
Perlas regando la aurora,
Los alados trovadores
La anuncian cuando colora.

En los lagos de cristal
Que blanda toca la brisa,
Plácida luz matinal
Ensaya dulce sonrisa.

Allí en la oscura montaña
Se mece gigante encino,
Como flexible espadaña
En el lago cristalino.

Y flores, y aves y fuentes
Y mares, con grato són,
Alzando están reverentes
Sus himnos de adoración.

Y se mezclan confundidos
En un inmenso concierto
Murmillos, cantos, rugidos,
Como la voz del desierto.

Seguid con alegre vuelo
Hasta esa patria, viajeras;
Vereis retratar el cielo
Los lagos de las praderas.

Vereis mares azulados
Como el puro firmamento,
Y de perlas coronados
Al soplo manso del viento.

Vereis cruzar hechiceras
Garzas blancas y rosadas,
Las luciéntes cordilleras,
De las ondas encrespadas.

Y en la ribera frondosa
Del mar la brillante espuma,
Regar la playa arenosa
Del país de Moctezuma.

Mecerse los cocoteros,
Dando sombra regalada,
Y entre los verdes mangueros
Pasar el aura callada.

Y en desatado torrente
La luz intensa bañar
El bosque, el prado, la fuente,
El lago, la sierra, el mar.

Llegar con pausado vuelo
Las noches tibias y bellas,
En su fantástico velo
Tejiendo polvo de estrellas

Y en el húmedo follaje
Mil insectos luminosos
Que brillan en el ramaje
Ó se arrastran afanosos.

Y surgir entre la sombra,
Melancólicos, süaves,
Con tal ternura que asombra,
Los cantos de extrañas aves.

Y sigue en grato concierto,
De las aves al arrullo,
Lejano, manso é incierto
De las fuentes el murmullo.

Y más que rumor, gemido
En los árboles gigantes,
Fingir el viento perdido
Entre las hojas flotantes.

Seguid, pobres golondrinas,
Buscando tan dulce cielo,
Que encontrareis, peregrinas,
Á vuestras penas consuelo.

Seguid, y con rumbo cierto
Cruza la cerrada bruma;
Que os dará seguro puerto
La patria de Moctezuma;

Y dejando el mar bravío
Alzad himnos de alabanza,
Llevando hasta el suelo mío
Mi recuerdo y mi esperanza.

LA VELETA.

Erguida sobre el alto campanario,
Y despreciando al rayo resonante,
Sensible la veleta, sigue amante
Del caprichoso viento, el rumbo vario.

Ya la agita un impulso, ya el contrario
La detiene ligera y vacilante,
Y al rudo soplo de huracán pujante
Responde con gemido funerario.

Como ella, de la vida en el camino,
Hallamos almas que con santo anhelo
Siguiendo van nuestro fatal destino.

Dulces fuentes de amor y de consuelo,
Retratando en su fondo cristalino
La tormenta ó la luz de nuestro cielo.

La azucena y el huracán.

APÓLOGO.

—«Yo soy la azucena
De lánguido talle,
Que mece en el valle
El aura sutil.
La brisa que anuncia
La fresca mañana,
Me dice «Sultana,
Hermosa y gentil.»

«Yo guardo en mi seno
Las perlas que llora
La cándida aurora
Huyendo del sol;
Y doy en mi caliz
Dulcísimo aroma
Que el céfiro toma
Cruzando veloz.»

—«Yo llevo en mis alas
Angustia y espanto,
Y sombras y llanto,
Terrible huracán.
Yo traigo la muerte
Y voy, á mi paso,
Sembrando al acaso
Miseria y afán.

“Destruyo soberbio
La pobre cabaña;
La erguida montaña
Temió mi poder.
Del lago me irritan
Las blancas espumas,
Y en pálidas brumas
Se miran perder.

“Las olas pujantes
Del mar proceloso
Levanta orgulloso
Mi altivo rigor.
Y rujo en los bosques,
Y tiembla la tierra,
Y el hombre se aterra
Y siente el horror.”

—“Te adoro por fuerte,
Terrible te amo,

Sombrío te llamo,
Acércate á mí.
Me arrastra á adorarte
Tu inmensa grandeza,
Tu noble fiereza
Me lleva hasta tí."

—“Yo adoro, azucena,
Tu tierna hermosura,
Tu blanda ternura,
Tu dulce candor;
Y forma mi encanto
La mágica esencia,
Que da á tu inocencia
Tu místico amor.”

—“Pues llega, que espero
Tu plácido halago.”

—“Yo llevo el éstrago,
Amarme, es morir.”

—“Tu amor es mi vida,
Tu suerte mi suerte.”

—“Mi amor es la muerte,
Mi sino sufrir.”

—“Que pueda yo ufana
Mirar á mi amante,
Y muera al instante
Gozando en mi amor.”

—“A tí me encadenan
Tiernísimos lazos. . . .
Que muera en mis brazos
La cándida flor.”

*

Rugió entónces la tormenta,
La tierra gimió de duelo,
Y triste y amarillenta
Perdióse la luz del cielo.

Y tras de la noche oscura
En la tranquila mañana,
Seco se alzó en la llanura
El tallo de la sultana.

TU Y YO.

Lanza el Orión su luz resplandeciente
Y las luces de Sirio se difunden,
Y al tocar á la tierra dulcemente
Pálidas se confunden.

Dos flores ricas de hermosura y galas
Dan sus perfumes, que en constante anhelo
De blanda brisa en las flotantes alas
Suben juntos al cielo.

Dos arroyos, cruzando bullidores,
Bajan de la montaña á la llanura,
Y en la tupida bóveda de flores
Mezclan su linfa pura.

Perfumes, luz y arroyos cristalinos,
Nuestras dos almas para siempre unidas,
En uno convirtiendo sus destinos,
Vivirán confundidas.

EL ROCIO Y EL LLANTO.

El llanto que la aurora derramaba
Fecundó la pradera,
Y mientras más lloraba,
Más la hermosura de las flores era.

¡Ay, pobre humanidad! es tu destino
Llorar en tu quebranto:
La flor en tu camino
Ha de brotar regada por el llanto.

Las Plegarias.

I

EL NIÑO.

¡Oh virgen María,
Botón de clavell
Mi madre me dice
Que te ame con fé,
Pues cuenta que eres
Mi madre también;
Que el rezo del niño
Te causa placer;
Que cuando en las noches
Dormidito esté,
Si soy un buen hijo,
Me vendrá á ver.
Mi madre no engaña,
Lo sabe muy bien,

Por eso te espero
Y al fin te veré,
¡Oh virgen María,
Botón de clavell

II

LA JOVEN.

¡Madre tierna, virgen santa!
Con el alma conmovida,
Cruzando voy en la vida
Por un mundo que me espanta;
Donde quiera se levanta
La sombra de la maldad,
Y en la densa oscuridad
En que el porvenir se abisma,
Temblando voy por mí misma
Con tan fiera tempestad.

¡Vigen pural ¡Madre amantel
Dame tu amparo divino,
Que es peligroso el camino
Y voy sola y vacilante.
La luz de tu amor constante
Alumbre la senda mía;
Sé tú mi antorcha, mi guía,

Y en este mar que amedrenta
Sálvame de la tormenta,
¡Oh Madre! ¡Virgen María!

III

EL - HOMBRE.

[Credo.]

Creo en tí, Señor y Dios, no porque admiro
Al ronco mar que aprisionado ruge,
Ó al huracán que con terrible empuje
Lleva la tempestad en rauda giro.

Creo en tí, Señor y Dios, no porque miro
Que en los cielos la aurora se dibuje,
Ó enhiesto el tallo de las flores cruje
Del aura matinal con el suspiro.

Creo en tí, porque mi espíritu agitado
Nunca la duda entre sus penas lleva,
Y tu sér en su sér siente grabado,

Y cuando á tí su pensamiento eleva,
Del infinito en pos, arrebatado,
Sus alas tiende y hasta tí me eleva.

IV

EL ANCIANO.

Larga ha sido la lucha. En este mundo
Pálida sombra soy de lo que fuí;
¡Sácame de este piélago profundo!
¡Señor, llámame á tí!

Tristes mis horas són, negros mis días,
Me arrastro en la vejez y en el dolor:
¿Por qué de tu presencia me desvías?
¡Llámame á tí, Señor!

Envuelven ya las nubes del olvido
Los recuerdos del tiempo en que viví;
Viajero por la noche sorprendido,
¡Señor, llámame á tí!

De la amarga vejez en el remanso,
Sin más luz en la tierra que tu amor,
Tranquilo espero mi final descanso,
¡Llámame á tí, Señor!

EL ALBA.

(EN LA SIERRA.)

Ya amanece: el horizonte
Dibuja pálida faja,
Orla del manto nocturno,
Diadema de la alborada.
En Oriente las estrellas
Palidecen y se apagan,
Y sopla el viento más frío
Anunciando la mañana.
Entre la sombra que cubre
Las espesas enramadas,
Trinan los *madrugadores*,
Y sus aromas exhalan
El *oyamel* y el *ocote*,
Los cedros y las lianas.
En los ranchos silenciosos
Alegres los gallos cantan,

Que ya ilumina el paisaje
Incierta la luz del alba.
Ya se oyen desde los prados
El tañir de la campana,
Y el balido de la oveja
Y el mugido de las vacas.
Cruzan de tordos parleros
Negras revueltas parvadas,
Que descienden de los bosques
Sobre la fresca labranza.
Divísanse los senderos
Que suben por la montaña,
Relucientes y sembrados
De pura y brillante escarcha.
De azul se tiñen los cielos,
Las nubecillas de grana,
Ostentando la llanura
Sus alfombras de esmeralda.
Los vapores de la noche
Huyen como nube blanca,
Hasta posarse en las crestas
Ó morir entre las ramas.
Despiden los *jacalitos*
Colunanas de humo azuladas,
Y el canto de los *rancheros*
Que al trabajo se preparan,
Se mezcla confusamente
Con ese rumor que se alza

Cuando después de la aurora
Vivifico el sol derrama
Sobre el mundo que despierta
Su luz esplendente y clara.

EL MEDIODIA.

(EN LA COSTA.)

Radiante el sol Meridiano
Lanza torrentes de fuego,
Y sus ondas luminosas
Aduermen al manso viento.
De aquella calma profunda
Sólo interrumpe el silencio
El ronco mar que sus aguas
Azota estruendoso y fiero,
De los apartados morros
Contra los peñascos negros,
Que ya se cubren de espuma
Y ya aparecen enhiestos.
Ni un barco sobre las olas,
Ni una nube sobre el cielo:

Parece el cielo un abismo,
Parece el mar un desierto.
Lánguidas cuelgan las hojas
Del altivo cocotero,
Lánguidas flotan las palmas
Del *cayaco* gigantesco;
Fuego circula en el aire
Y el azul del firmamento,
Como de flotantes llamas
Envuelve rojizo velo;
Sobre las ondas del río
Se inclina el mangle soberbio,
Y buscando grata sombra
Calla el *zanate* parlero.
Al abrigo de la yerba
Los esmaltados insectos
Enmudecen, respetando
El silencioso misterio.
Duerme la verdosa iguana.
Sobre un tronco de árbol seco,
Duerme el caimán perezoso
A la orilla del estero.
Los loros y guacamayas
Se agrupan bajo los cedros,
Inmóviles, mientras llega
El terral húmedo y fresco.
Huye el *guaco* á la cañada,
Y el tigre con paso incierto

Sigue el rumor del arroyo
Que sale á buscar sediento.
Terrible es aquella calma,
Pavoroso aquel silencio
Que sólo el mar interrumpe
Con su monótono estruendo.

LA TARDE

(EN EL VALLE DE MÉXICO.)

Está moribundo el día
Y el sol poniente colora
Las nieves del *Ixtacihuatl*
Con los tintes de la rosa.
En un cielo de turquesa
Ligeros crespones flotan,
Nubes de púrpura y grana
Que oro mienten con sus orlas.
Sobre los tendidos lagos
Las brisas murmuradoras
Van recogiendo el perfume
De las frescas amapolas,
Del mirto y del *zempazuchil*,
De las clavellinas rojas,
Del *cacomite* atigrado,
De la azucena olorosa.
En grato vaivén se agitan
Los *tulares*, si les toca
El aliento de la tarde
Que va impregnado de aromas.

Las flores en las *chinampas*
Inclinan ya sus corolas,
Y el mirasol languidece
De la tarde con la sombra.
Forman alegre concierto
Los gorriones, en las hojas
De fresnos y *capulines*,
En cuyas ramas se posan.
El vuelo tienden las garzas
Buscando la selva umbrosa,
Y al abrigo de las trojes
Retíranse las palomas.
Se oye el rumor á lo lejos
De las reses mugidoras
Que llegan á los establos
Ó á los potreros retornan.
Por el lago trasparente
Cruzan pesadas canoas
Ó *chalupas* que ligeras
Mueven apenas las olas.
Sembrado se mira el valle
De haciendas, pueblos y chozas,
Y en medio de ese conjunto
México, que se corona
Con cien torres que reflejan
Esa luz que seductora
Las nieves del *Ixtacihuatl*
Tiñe de cármín y rosa.

LA NOCHE

(EN LA MONTAÑA.)

La noche envuelve á la tierra
Con sus negros pabellones,
Y en el espacio infinito
Brillan miriadas de soles.
Espléndida se levanta
La luna en el horizonte,
Y vaporosos celajes
Sus blancas luces recogen.
No es la imagen de la muerte
Dentro las selvas la noche;
Que se alzan por todas partes
Dulces y extraños rumores.
El eco de los torrentes
Viene de lejano bosque,
Mientras al brillar la luna
Cantan, sin saberse en dónde,
Pájaros desconocidos,
Desconocidas canciones.
Se oye crugir la maleza

Y luego el pesado roce
De los tigres que en la loma
Cruzan *pujando* feroces.
Aullan en las cañadas
Los lobos y los *coyotes*,
Y brillan entre la yerba
Mil insectos zumbadores,
Que como estrellas perdidas,
Fosforescentes, veloces,
Tan pronto surcan la tierra
Como en las hojas se esconden,
De los árboles soberbios
En que cantan sus amores
Los jilgueros en las tardes
Y en la aurora los zenzontles.
Una ráfaga de viento
Llega rápida, y se oye
Crugir el añoso tronco,
Y sordo luego, recorre
Aquel rumor misterioso
La virgen selva, y entonces
Se interrumpen de repente
Todos los otros rumores,
Porque el angel de las sombras
Cruzando va por el bosque.

LA NOCHE DE LA MUERTE

¡Cómo está oscura la noche!
¡Qué negro está el firmamento!
Ni una antorcha sobre el mundo,
Ni en las sombras un lucero!
Ni un leve rumor que turbe
Tan espantoso silencio,
Ni un vientecillo que mueva
Las flores del cementerio.
Inmensas y tristes aves
Cruzan por el cielo negro,
Y aunque no logro mirarlas,
Puedo decir que las veo.
¡Qué solo estoy! tengo frío;
¡Qué solo estoy! tengo miedo;
Estoy muy triste, muy triste,
Muy solo porque estoy muerto,
Ayer estaba en el mundo,
Ayer el vital aliento
Animaba mi existencia
Dando vigor á mi cuerpo.

Ahora, todos me abandonan.
¿Quién se acuerda de los muertos?
¡Madre! porque madre tuvel
¡Madre! ¿por qué estás tan léjos?
Diera yo toda mi vida
Porque me dieras un beso.
¿Mi vida? la tengo acaso?
Sólo me queda el recuerdo,
Y es el recuerdo muy firme
Y el existir pasajero.
Siento cruzar á mi lado
Las almas de los que fueron,
Que ni se atreven á hablarme
Ni yo á llamarlas me atrevo.
¡Cómo está oscura la noche!
¡Qué negro está el firmamento . . .
¡Estoy tan solo, tan solo! . . .
¡Qué triste es el cementerio!
Quisiera llorar un poco,
Quisiera. . . pero no puedo.
¡Pobre de aquél que se muere!
¿Qué cosa pueden los muertos?
Cómo se alza mi cariño
Por los que en el mundo dejo:
Ignoro si aborrecía,
Si aborrecí no me acuerdo.
Una mujer fué mi encanto,
Mi luz, mi vida, mi ensueño. . . .

Ella tambien me abandona....
¿Quién se acuerda de los muertos?
¡Qué soledad! ¡Cuánta sombral
Cuánto frío, yo me hielo!
¿Á dónde torno mis ojos?
¿Á dónde guío mi empeño?
Mi Dios, ¿por qué me abandonas?
¿Por qué me dejas, Dios bueno?
¿Es cierto que tú eres Dios
De vivos y no de muertos?
La antorcha de la esperanza
Extinguió su santo fuego;
Estoy solo en mi sepulcro,
Estoy solo y tengo miedo.
Óyeme ¡oh Dios! estoy triste,
Muy triste en el cémenterio.
¡Tú que eres luz, dame vida;
Tú que eres vida, consuelo!.....

.....
.....
¡Ah! ¿qué miro? se colora
Espléndido el firmamento;
Vaga armonía se escucha
Entre las luces del cielo;
Cruzan mirando á la tierra
Los espíritus, envueltos
En luminosos ropajes,
Lanzando puros destellos.

¡Cuánta luz! ¡Cuánta ventura!
¡Qué armonía! ¡Qué concentos!
Ni estoy triste, ni estoy solo,
Ni está oscuro el cémenterio.
¿Y tú quién eres? ¿Qué buscas,
Angel que tocas mi pecho?
¿Por qué me miras tan dulce,
Por qué tan dulce te veo?
¡Eres la Fé! te conozco;
Tu mano me muestra el cielo:
Hay un camino de estrellas
Y después... el sol eterno.
¿Te he de seguir? Ya te sigo;
Estoy libre, ya lo siento:
Entre torrentes de vida
Flota mi espíritu inquieto;
Tierno arcangel, ya te sigo,
Levanta, levanta el vuelo,
Que al buscar el infinito
Entre las ondas de fuego,
Himnos alzaré al que justo
No se olvida de los muertos.

LEJOS DE TÍ.

Lejos de tí, Señora, el pensamiento
Tu imagen pura encuentra por doquiera,
Entre la luz que ardiente reverbera
En la nube que cruza el firmamento.

Oigo tu voz cuando suspira el viento
Acariciando el agua en la ribera,
Y el aroma que se alza en la pradera
Es el ambar, señora, de tu aliento.

Y si te miro en la graciosa palma,
Si estás en el aroma de las flores,
Si de la noche en la apacible calma

Me hablan de tí no más los ruseñores,
¿Me puedes olvidar, alma de mi alma?
¿Puedo olvidarte amor de mis amores?

ALBORADA.

Trinando están los jilgueros,
El aura soplando ufana,
Y pálidos y ligeros
Huyendo van los luceros
De la luz de la mañana.

Asoman entre las brumas
Rosas, lirios y amapolas,
Y como flotantes plumas
Del arroyo las espumas
Se posan en sus corolas.

En la selya que despierta
Se oye místico, suave,
Vago rumor que concierta
Con esa armonía incierta
Que lanza al cantar el ave.

Va la fuente murmurando
Entre la erguida espadaña,

Y el pardo cielo cruzando
Las nieblas que van buscando
La cresta de la montaña.

Dejan el caliente nido
Las bandas de los tropicales,
Y desde el bosque escondido
Llegan en vuelo tendido
A los dorados trigales.

Sobre la pradera amena
Todo es quietud, todo calma,
Y de luz y encanto llena
La atmósfera está serena
Como está tranquila el alma.

¡Pienso con tanta dulzura
En tí, vida de mi vida!
¡Es tan grande mi ventura!
¡Tan profunda mi ternura!
¡Mi fé tan correspondida!

Toda pasión enmudece
Ante esa inmensa pasión;
Toda imagen desaparece
Y toda luz palidece
A la luz de esa ilusión.

Te amo, pues amor le llaman
Al dulce inefable anhelo

Que nuestras almas derraman,
Como los ángeles aman,
Como ha de amarse en el cielo.

Pienso en tí: quizá dichosa
Del sueño entre las visiones,
Oiga tu alma generosa
Esta cántiga amorosa
Que entonan mis ilusiones.

Y del cuerpo desprendida
Por el sueño, aquí tu alma
Dando esté vida á mi vida,
Y á mi pasión encendida
La fe que me da la calma.

¡Aquí está! ¡sí! yo la siento;
Por eso ven mis amores
Más bellos el firmamento,
La luz, las nubes, el viento,
La selva, el prado y las flores.

Porque en tu amor, vida mía,
Toda mi ilusión se encierra,
Y sin él, siempre hallaría
La bóveda azul, vacía,
Desierta y sola la tierra.

AMOR.

En una fresca mañana
Y por la vega florida,
Alegre y entretenida
Canta una linda serrana:

—“Tengó un amor tan callado,
Tan puro, tan inocente,
Como la mansa corriente
Que se desliza en el prado...

Jamás de los sinsabores
Llegó la triste amargura
Á turbar su linfa pura
Sobre su lecho de flores.

Y con tan amante prisa
Corren sus ondas süaves,
Que ni las oyen las aves,
Ni las alcanza la brisa.

No enluta noche importuna
Sus encantos virginales,
Que entre sus limpios cristales
Quiebra sus rayos la luña.

Amo con tan dulce calma,
Que no sé por darle nombre,
Si soy el alma de un hombre
O él es alma de mi alma.

Con ese amor se engalana
Orgullosa el pecho mío,
Como gota de rocío
Con el sol de la mañana.

Y ni la nube del celo
Turba la luz de mi vida,
Ni cruza vaga y perdida
La sospecha en nuestro cielo.

De la tarde misteriosa
Á los últimos fulgores,
Le cuento yo mis amores
Á la encina y á la rosa.

Y voy alegre y parlera,
Como loca en mi contento,
Y digo mi pensamiento
Al bosque y á la pradera;

Con el aura que suspira,
Con la fuente que murmura,
Con el ave que en la altura
En círculo inmenso gira,

Con la leda mariposa,
Con el celaje flotante,
Con todo, mando á mi amante
Una memoria dichosa.

Y me habla dél, el aroma
Que desde los valles sube,
Y me hablan la blanca nube
Y el gemir de la paloma.

Y me habla en el Occidente
El rico manto de gualda
Y la alfombra de esmeralda
Por donde cruza el torrente.

Dice su nombre á mi oído
La brisa con dulce anhelo,
Y yo por causarla celo
Repitó el nombre querido.

Entónces de gozo llena,
Sin que tal encanto cese,
Porque la brisa le bese
Grabó ese nombre en la arena.

Y cuando de allí me alejo,
Vuelvo á mirar con ternura
Que al irme se me figura
Que hago mal porque le dejo.

Paso noche de contento
Contemplando las estrellas
Pues miro escrita con ellas
Su cifra en el firmamento.

Y en inocente deseo
Tanto mi ilusión se exalta,
Que si una estrella me falta
Me parece que la veo.

Y así pasa mi existencia
Tan dulce, tan sosegada,
Que vive el alma embriagada
De amor con tan pura esencia.

Y este amor es tan callado,
Tan tierno y tan inocente
Como la limpia corriente
Que se desliza en el prado."

AL VIENTO.

Cuando era niño, con pavor te oía
En las puertas gemir de mi aposento;
Doloroso, tristísimo lamento
De misteriosos seres te creía.

Cuando era joven, tu rumor decía
Frasas que adivinó mi pensamiento;
Y cruzando después el campamento,
"Patria," tu ronca voz me repetía.

Hoy te siento azotando, en las oscuras
Noches, de mi prisión las fuertes rejas;
Pero hánme dicho ya mis desventuras

Que eres viento, no más, cuando te quejas,
Eres viento si rujes ó murmuras,
Viento si llegas, viento si te alejas.

Prisión de Santiago Tlaltelolco.
Julio de 1884.

EL AMOR DEL CHINACO.

Encarnación Torreblanca,
Valiente y afortunado,
Espuma y flor de ginetes
Y espejo de los chinacos,
Que planta dos banderillas
En menos que canta un gallo,
Y es en Puruándiro antojo
De las muchachas del barrio,
Y nadie con más destreza
Despide y amarra un lazo
Y hace como rehilete
Al más soberbio caballo,
Y se alza la lorezana
Y grita "que salga un guapo,"
Sin haber quien le responda,
Porque saben que es "planchado,"
Está triste y pensativo
Y ni se asoma al fandango
Á bailar como solía,
Ni sale del pueblo un paso,

Ni va á lucir su destreza
Sobre su tordo rodado
Que relincha tristemente
Prisionero en el establo,
Extrañando cariñoso
De su dueño los halagos.
¿Qué ha tenido Torreblanca?
Que el amor le ha derrotado,
Y no alcanza en sus congojas
Á calmar tan fiero estrago.
Causa su pena doliente
Flor del vecino cercado,
Más pura que una azucena
Y más fragante que un nardo.
Con dos ojos como soles,
Trigueña, cutis de raso,
Tan garbosa, tan flexible,
Que más que cuerpo es el tallo
En que á la roja amapola
Columpia céfiro blando;
Más negro tiene el cabello
Que tiene la noche el manto,
Y si en los hombros lo suelta
El sol sale por besarlo;
La camisa como nieve,
Y el zagalejo encarnado,
Y sobre el mórbido pecho
El rebozo con tal garbo,

Que si por la calle cruza
Llueven flores á su paso,
Y dice hasta el más bendito:
“¡Bien haya lo bien logrado!”
Pena el mancebo por ella,
Y se murmura en el barrio
Que ella al encontrarle dijo:
“¡Adios mi cielo estrellado!”
Pero el padre de la chica,
Ranchero, rico y anciano,
No quiere que Torreblanca
Aprisione en dulce lazo
Á la gallarda doncella,
Hasta que tenga probado
“Que ni precia de valiente,
Ni es en amores un rayo,
Ni le *gustan los amigos*
Ni tiene horror al trabajo,
Y que hasta las esperanzas
Perdió ya de ser chinaco.”
Y al saber las condiciones
Exclama el pobre muchacho:
“Tan *picuda* me la ponen
Que de seguro no alcanzo;
Pues pide más imposibles
Que una vieja en el rosario.”